

Alocución de Monseñor Rafael María Carrasquilla

Cumple el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario con un deber de justicia y gratitud al colocar en sitio preferente de esta aula el retrato del Ilustrísimo señor don Fernando Caycedo y Flórez, pintado por el genial artista colombiano Ricardo Acevedo Bernal.

Este acto, decretado hace más de un año, se realiza en estos días, para que el Colegio se asocie a las solemnidades con que se ha celebrado el centenario de la consagración episcopal del Arzobispo prócer; solemnidades promovidas por la Academia de Historia, a iniciativa del doctor Arturo Quijano, miembro de aquella docta corporación y amante apasionado de las glorias nacionales.

El señor Caycedo, junto con varios de sus hermanos en el sacerdocio y colegas suyos en el capítulo metropolitano: Pey, Duquesne, Rosillo, despertó en el clero el entusiasmo por la causa de la independencia. No se ha de creer que ésta fuese obra baladí o de secundaria importancia. El pensamiento de emancipar el Nuevo Reino de la Corona de España y de constituirlo como república democrática no existía sino en la mente de algunos criollos, descendientes de hidalgos españoles, y que se sometían para conseguir su noble intento a perder sus títulos, archivar sus pergaminos, agonizar en los presidios o morir en el patíbulo. La raza indígena y aun los mismos hombres de sangre española, pero de condición humilde, se hallaban muy bien avenidos con el régimen colonial, que les permitía trabajar, les garantizaba sus bienes y sus vidas y les brindaba el dón inestimable de la paz. Es sabida la influ-

encia avasalladora, irresistible, que ejercían los párrocos y las comunidades religiosas. Si el clero hubiera abrazado la causa del Rey o siquiera hubiera permanecido neutral, el Libertador al descender de la cordillera oriental no habría formado los batallones de voluntarios que se cubrieron de gloria en Boyacá; ni, más tarde, habría reunido las huestes que fueron parte principal en la final victoria de Ayacucho.

La gloria ha sido siempre esquiva con los precursores de las grandes obras. Eso se explica porque los hombres no se deslumbran sino con el brillo, no se entusiasman sino con el éxito. El viajero que en Roma contempla absorto la cúpula de Miguel Angel, no piensa en la ciencia y el trabajo que se emplearon en los cimientos de la fábrica colosal. El renacimiento de las letras y las artes en Europa tuvo por autor al Papa Nicolao V, cuyo nombre apenas es conocido de los versados en historia; en cambio, aquel siglo lleva el nombre de León X, quien terminó la obra de sus predecesores. Entre nosotros, don Antonio Nariño, casi cien años después de su muerte, no tenía ni un departamento que llevara su nombre, ni una estatua que recordara sus facciones, ni siquiera un sepulcro que guardara sus cenizas. Algo semejante ha pasado con el señor Caycedo y Flórez. Pero la justicia, aun en esta vida, aunque tarde siempre llega; y los festejos de estos días serán el principio de la glorificación del insigne prelado; y dentro de poco, veremos su estatua de mármol sobre el sepulcro que se le erigirá en la catedral de Bogota, que él edificó en parte con sus propios caudales; en un todo, con su inteligencia y su celo.

No intento tejer el elogio del señor Caycedo, tarea superior a las fuerzas de mi cansada ancianidad. Lo hará dentro de breves instantes un sacerdote, nieto de

próceres con toda la frescura y el entusiasmo de la juventud. Sólo voy a recordaros los nexos del Colegio del Rosario con el egregio Arzobispo. El se educó desde el principio en estos claustros, como lo habían hecho muchos de sus antepasados ilustres. Uno de ellos, don Manuel Caycedo y Vélez, como Rector del Colegio, protestó contra el plan de estudios del Fiscal Moreno y Escandón, que el Virrey pretendió imponerle al instituto de Fray Cristóbal de Torres. Alegó el Rector que las constituciones de nuestro instituto ordenaban enseñar la filosofía según la mente de Santo Tomás de Aquino e indicaban el método que debía seguirse en los estudios. Y cosa admirable! Lo que entonces se llamaba filosofía moderna es hoy una anti-gualla que sólo vive en los tratados de historia de la filosofía; mientras que la doctrina tomista reina en todo el mundo católico y es aceptada, en su parte cosmológica, por sabios, como Lapparent, Quatrefages, Claudio Bernard y Pasteur; y el método preconizado por Fray Cristóbal es el que se observa en las universidades modernas de Europa y los Estados Unidos. El señor Caycedo coronó su carrera graduándose doctor en teología y derecho canónico; enseñó en nuestras aulas por varios años: fue dos veces vicerrector y rector en tres ocasiones distintas. En una de ellas reconstruyó el costado oriental del claustro mayor, derruido por un terremoto; en otra trasladó los restos de nuestro fundador de la Catedral a la Capilla del Colegio, con una ceremonia tan pomposa como no se había presenciado en Santa Fe; hizo que el ilustre arquitecto Petrés construyera el sepulcro a la derecha del presbiterio y lo cerró con la elegante inscripción latina que todos vosotros conocéis. Pronunció también la elocuente oración fúnebre del señor Torres, monumento de nuestra

literatura, limpia del mal gusto, que entonces reinaba todavía en la cátedra sagrada.

Señores colegiales: la ceremonia de vuestra recepción no ha sido presidida esta noche por el actual Rector sino por el que fue segundo fundador del Colegio. El os está hablando desde las regiones de la inmortalidad; no con palabras, sino con ejemplos. Habéis leído en nuestras constituciones que un rosarista debe ser católico, patriota y caballero. ¿Quién puede enseñar mejor la religión que un arzobispo; quién mejor el patriotismo que un fundador y mártir de la república; quién el porte del perfecto caballero, que el modelo de hidalguía en su vida pública y privada? Si no podéis emular la grandeza del señor Caycedo, esforzáos, a lo menos, en imitar sus virtudes.

Discurso del doctor José Alejandro Bermúdez

Tienen los muertos derecho a vivir y a perpetuarse en la inteligencia y en el corazón de los vivos, cuando en alguna manera ellos les legaron bienes, honores, virtudes. En este sentido puede afirmarse con razón, que el pasado vive en el presente, y que las sombras de los que ya no existen, rodean y por todas partes circundan, a los que aún en esta tierra viven.

Muy justo es que los muertos, dignos de memoria, reciban de nosotros este género de inmortalidad, ya que ellos nos transmitieron los bienes que reunidos forman la bienandanza del presente. Mas, esta vida que a los muertos agradecidos devolvemos, no puede ser otra que la de la historia en cuyas páginas se nos descubre el alma de esos seres ya desaparecidos; que la estatua o el lienzo que evocan por medio del arte la fisonomía de los que ya no existen.